

NATURALEZA INFERIOR Y NATURALEZA SUPERIOR

Clave para resolver el debate adventista sobre la cristología

Kevin D. Paulson (2014)

Algunos suelen evocar tres declaraciones de Ellen White intentando demostrar que el Cristo humano no heredó las mismas tendencias caídas que nosotros heredamos. Una vez que se comprenden esas tres declaraciones a la luz de ambas cosas: las Escrituras, y todo el cuerpo de los escritos de Ellen White, la discusión adventista actual sobre la naturaleza de Cristo resulta fácilmente resuelta.

Estas son las tres declaraciones:

Sea cuidadoso, extremadamente cuidadoso, respecto a cómo presenta la naturaleza humana de Cristo. No lo presente ante la gente como un hombre con las propensiones del pecado ... Pudo haber pecado, pudo haber caído, pero ni por un momento hubo en él una mala propensión (1).

Él [Cristo] es un hermano en nuestras debilidades, pero no en poseer pasiones semejantes. Como no pecó, su naturaleza rehuía el mal (2).

Pedía con poder, sin poseer las pasiones de nuestra naturaleza humana caída, pero afectado por debilidades similares, tentado en todo tal como lo somos nosotros (3).

Otras declaraciones parecen enseñar aparentemente lo opuesto:

Aunque él [Cristo] tenía toda la fuerza de la pasión de la humanidad, no cedió jamás a la tentación a realizar un simple acto que no fuera puro, elevador y ennoblecedor (4).

Las palabras de Cristo animan a los padres a que traigan a sus pequeños a Jesús. Pueden ser rebeldes y poseer pasiones como las de la humanidad, pero eso no debiera disuadirnos de llevarlos a Cristo. Bendijo a niños que estaban poseídos por pasiones como las de Él mismo (5).

Con una palabra habría podido Cristo dominar los poderes de Satanás. Pero él vino al mundo a fin de poder someterse a toda prueba, a toda provocación que los seres humanos puedan tener que sobrellevar, y no por ello resultar provocados ni vengarse en palabra, en espíritu o en acción (6).

Es evidente que las pasiones descritas en las tres últimas declaraciones son pasiones pecaminosas, pasiones que tientan a la impureza, rebeldía y provocación. Leemos que *si bien* Cristo tenía toda la fuerza de la pasión humana, no cedió jamás a la tentación a hacer algo impuro o innoble. Hemos leído que aunque nuestros niños sean rebeldes y posean pasiones como las que son comunes a la humanidad, eso no debiera

disuadirnos a llevarlos a Cristo, dado que él bendijo a niños que tenían esas mismas pasiones, pasiones que eran “como las de Él”.

¿Son contradictorias esas dos colecciones de declaraciones? ¿O bien estamos en necesidad de cavar más profundamente en el significado de lo que Dios está diciendo?

Dios se explica a sí mismo

Según el testimonio de la Biblia, ella misma es su propio intérprete. Toda Escritura es inspirada divinamente (2 Tim 2:16), es producto de santos hombres movidos por el Espíritu Santo (2 Ped 1:20-21). Y aquello que el Espíritu inspira, se lo debe comprender por comparación con él mismo (1 Cor 2:12-14).

Según Ellen White, sus escritos deben comprenderse de la misma manera:

Los propios testimonios serán la clave que explique los mensajes dados, tal como la Escritura resulta explicada por la Escritura (7)

Todos los desacuerdos que los adventistas tienen con otros cristianos sobre la Biblia: respecto al sábado, al estado de los muertos, a la salvación, el santuario, etc., son el resultado de que estos han dejado de seguir su propio método de estudio de la Biblia al que se acaba de aludir. O bien no se ha considerado la totalidad de la Escritura antes de llegar a una conclusión doctrinal, o bien no se ha permitido que la Biblia se explique a sí misma.

Las controversias actuales entre adventistas son en gran parte el resultado de no permitir que la Escritura o Ellen White se expliquen a ellos mismos. Ninguna comprensión doctrinal puede ser válida, si fracasa en demostrar la armonía existente entre todas las declaraciones inspiradas. Cuando dejamos que Ellen White se explique a sí misma respecto a las declaraciones citadas con anterioridad sobre la naturaleza de Cristo, su significado se hace claro.

Dos fuerzas en la naturaleza humana

A fin de resolver el conflicto aparente entre las declaraciones citadas al principio, hemos de analizar más de cerca lo que la Escritura enseña respecto a la estructura de la naturaleza humana.

En Getsemaní, Jesús declaró a sus discípulos: “El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mat 26:41). Pablo declaró: “Golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre” (1 Cor 9:27). Contrariamente a lo que algunos creen, eso no tienen nada que ver con el dualismo cuerpo/alma típico del pensamiento popular griego o del cristianismo popular, como tampoco con lo que sucede cuando la persona muere. Cuando los adventistas del séptimo día enseñan un concepto holístico del hombre, no están negando en ello la enseñanza bíblica de que existen diferentes fuerzas en el hombre.

Ellen White hace esa distinción muy claramente: “La voluntad no es el gusto o la inclinación, sino el poder de decidir” (8). En otras numerosas declaraciones describió la necesidad de que las bajas pasiones y propensiones se sujeten a los poderes superiores del ser (9).

La Biblia es clara respecto al hecho de que ser tentados por nuestros deseos bajos, carnales, no es pecado:

Cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido. Entonces la pasión, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte (Sant 1:14-15)

Obsérvese que es sólo cuando la pasión ha *concebido* -cuando la voluntad ha dado su consentimiento- cuando tiene lugar el pecado. Ellen White armoniza con eso:

Hay pensamientos y sentimientos sugeridos y suscitados por Satanás, que molestan incluso a los mejores hombres; pero si no se los acaricia, si se los rechaza por odiosos, el alma no resulta contaminada con la culpa y ningún otro resulta contaminado por su influencia (10)

Ellen White es igualmente clara a propósito de que la naturaleza inferior, por ella misma, no puede pecar:

Las bajas pasiones tienen su asiento en el cuerpo y obran mediante él. Las palabras “carne”, “carnal” o “deseos carnales” abarcan la naturaleza inferior, corrupta; la carne, por ella misma, no puede actuar contrariamente a la voluntad de Dios. Se nos ordena crucificar la carne, con los afectos y pasiones. ¿Cómo lo haremos? ¿Infligiremos dolor al cuerpo? No, sino que daremos muerte a la tentación a pecar. Se debe expulsar el pensamiento corrupto. Todo pensamiento debe ser llevado en cautividad a Jesucristo. Todas las propensiones animales se deben sujetar a los poderes superiores del alma (11)

Obsérvese cuán cuidadosamente distingue Ellen White entre las pasiones inferiores, y los poderes superiores. Una vez se comprende esa distinción, es más fácil armonizar los dos grupos de declaraciones de Ellen White sobre las pasiones y propensiones en relación con los seres humanos, y también a los dos grupos de declaraciones relativas a la humanidad de Cristo.

Pasiones y propensiones al mal: ¿controlarlas, o desecharlas?

En algunas de sus declaraciones, Ellen White habla de la necesidad de *controlar* las pasiones y propensiones al mal:

Debe mantenerse el cuerpo en sujeción. Han de regir los poderes superiores del ser. Las pasiones deben ser controladas por la voluntad, que a su vez ha de estar bajo el control de Dios (12)

Nuestras propensiones naturales deben ser controladas, de lo contrario nunca podremos vencer como Cristo venció (13)

No obstante, otras declaraciones hablan de la necesidad de *expulsar* las pasiones y propensiones al mal:

El único poder que puede crear o perpetuar la paz verdadera es la gracia de Cristo. Cuando se la implanta en el corazón, expulsará las malas pasiones causantes de lucha y disensión (14)

Pero aunque sus malas propensiones puedan parecerles tan preciosas como la mano o el ojo derechos, han de ser separadas del obrero, o no podrá ser aceptable ante Dios (15)

Deben descartarse las propensiones a la vanidad y la diversión, por estar fuera de lugar en la vida y experiencia de quienes están viviendo por la fe en el Hijo de Dios, comiendo su carne y bebiendo su sangre (16)

Debemos darnos cuenta de que mediante la creencia en Él es nuestro privilegio ser participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado a la corrupción que está en el mundo a causa de la concupiscencia. Entonces somos limpiados de todo pecado, de todos los defectos del carácter. No necesitamos retener ni una propensión pecaminosa. Al compartir la naturaleza divina, las tendencias al mal hereditarias y cultivadas son extirpadas del carácter, y somos hechos un poder viviente para el bien (17)

Ahora bien, ¿de dónde son expulsadas las pasiones malignas? ¿Dónde no deben retenerse las propensiones pecaminosas? Ellen White da la respuesta en dos de las declaraciones precedentes. Se refiere a las propensiones al mal como estando fuera de lugar en la *vida y experiencia* de los fieles, y afirma que cuando participamos de la naturaleza divina, las tendencias al mal hereditarias y cultivadas son extirpadas del *carácter*. El carácter es la naturaleza superior donde tiene lugar la toma de decisiones.

Obsérvese que no dice que esas tendencias vayan a ser expulsadas de la naturaleza inferior, carnal, de forma que ya no sentiremos más el impulso a pecar. De acuerdo con Ellen White, ese cambio no tendrá lugar sino hasta la venida de Jesús:

Por tanto tiempo como reine Satanás, tendremos un yo que someter, pecados por vencer que nos asedian; por tanto tiempo como la vida dure, no habrá lugar de parada, ningún punto que podamos alcanzar y decir: lo he logrado plenamente (18)

El apetito y la pasión se deben someter al control del Espíritu Santo. De este lado de la eternidad no hay final para la lucha (19)

Durante la controversia de la carne santa a comienzos de la década de 1900, Ellen White escribió lo siguiente:

Cuando los seres humanos reciben la carne santa, no permanecerán en la tierra, sino que serán llevados al cielo (20)

Debemos observar cuidadosamente lo que dicen, y lo que no dicen esas declaraciones. No dicen que de este lado de la eternidad sea inalcanzable la victoria total sobre el pecado. Lo que dicen es sencillamente que el conflicto con la carne no va a cesar de este lado de la eternidad, lo que significa que los impulsos de la carne seguirán presentes en la naturaleza inferior de los creyentes. La continua batalla no implica necesariamente la derrota ocasional. (Los rusos aprendieron eso en la segunda guerra mundial, cuando experimentaron un durísimo combate, pero caracterizado por una consistente victoria sobre los alemanes desde la batalla de Stalingrado hasta la conquista de Berlín). Al cristiano se le promete la victoria completa sobre la naturaleza carnal en esta vida (Rom 8:4 y 13; 2 Cor 7:1). Pero si bien la victoria completa significa ausencia de fracaso, no significa ausencia de conflicto hasta que termine nuestra vida en esta tierra.

Resolviendo el problema

Dicho en pocas palabras: Jesús tuvo pasiones pecaminosas y malas propensiones [contra las que contender] en su naturaleza inferior, si bien las mantuvo bajo el control de una vida santificada -tal como podemos ciertamente hacer nosotros mediante su poder-. Pero él no tuvo [nunca albergó ni desarrolló] esas pasiones o propensiones en su naturaleza superior, lugar en el que tampoco nosotros necesitamos retenerlas.

Otra declaración de Ellen White relativa a Cristo y las propensiones pecaminosas nos ayuda a comprender ese punto con mayor claridad:

En nuestras ideas no debemos volvernos comunes y terrenales, y en nuestras ideas pervertidas no hemos de pensar que la susceptibilidad de Cristo a las tentaciones de Satanás degradó su humanidad y que él poseyó las mismas propensiones corruptas y pecaminosas que el hombre (21)

Si nos detuviéramos en ese punto, podríamos extraer las conclusiones equivocadas, pero en el párrafo siguiente clarifica lo que quiere decir:

Cristo tomó nuestra naturaleza, caída pero no corrompida, y *no resultaría corrompida a menos que recibiera las palabras de Satanás en lugar de las de Dios* (22)

Así, ¿qué estaba diciendo cuando escribió que Jesús nunca tuvo las mismas propensiones corruptas que nosotros? -Simple: que nunca eligió el pecado, y por lo tanto nunca desarrolló un gusto por el pecado. Obsérvese que nunca dijo que su naturaleza no resultaría corrompida a menos que hubiera nacido con la misma naturaleza caída con la que nacen el resto de los humanos. Al contrario: la corrupción a la que alude ocurriría solamente si recibía las palabras de Satanás en lugar de las de Dios. Es la elección -no el nacimiento-, la fuente de la corrupción a la que alude.

Vemos ese mismo patrón en las más de 200 declaraciones en las que Ellen White habla sobre las tendencias al mal *hereditarias* y *cultivadas* (23). Esa es la terminología que Ellen White utilizó, equivalente a la diferenciación de la que se habla hoy entre *naturaleza* [recibida por nacimiento], y *fomento o cultivo* en el desempeño humano. Ellen White es clara en su comprensión de que Jesús tomó nuestras tendencias *hereditarias* caídas, puesto que escribió que “vino con una herencia tal para participar de nuestras penas y tentaciones, y para darnos el ejemplo de una vida sin pecado” (24). Dicho de otro modo: su herencia fue una fuente de tentación para sí mismo, tal como sucede en nuestro caso. Pero muy claramente, Jesús no tomó [albergó ni fomentó] nuestras caídas tendencias al mal *cultivadas*, puesto que eso habría implicado que pecara.

Más sobre la naturaleza superior y la inferior

Cuando comprendemos el papel de esas fuerzas inferior y superior en la naturaleza humana, declaraciones de Ellen White que parecían contradictorias vienen a armonizar maravillosamente. Revisemos una de esas declaraciones citadas:

En nuestras ideas no debemos volvernos comunes y terrenales, y en nuestras ideas pervertidas no hemos de pensar que la susceptibilidad de Cristo a las tentaciones de Satanás degradó su humanidad y que él poseyó las mismas propensiones corruptas y pecaminosas que el hombre (25)

Sin embargo, disponemos de esta otra declaración:

Pensad en la humillación de Cristo. Tomó sobre sí mismo la naturaleza humana caída y sufriente, degradada y contaminada por el pecado (26)

Ahora bien, tal como vimos en el párrafo que sigue a la primera de las declaraciones considerada recientemente, la corrupción y degradación allí descritas son una cuestión de elección, no algo recibido involuntariamente al nacer. Pero en esta última declaración, que afirma que la naturaleza humana que Cristo tomó estaba “degradada y contaminada”, se refiere a la naturaleza inferior. Es decir: la naturaleza superior de Jesús no estaba degradada, puesto que es allí donde radican la elección, el carácter y la voluntad. Pero su naturaleza inferior estaba de hecho degradada, puesto que había tomado sobre sí mismo la misma herencia caída que hereda todo hombre y mujer.

Muchos que se adhieren a la postura de una naturaleza humana previa a la caída en Cristo citarán Hebreos 7:26, que habla de Cristo siendo “santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores”. Pero Ellen White declara que los cristianos, que según ella seguirán teniendo una naturaleza carnal que subyugar (27), han de alcanzar, mediante el poder del Cielo, ese mismo estado de pureza:

Apreciad todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; pero desechad cualquier cosa que se aparte de nuestro Redentor ... Toda alma que obtenga

la vida eterna ha de ser como Cristo, “santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores” (Heb 7:26). (28)

Únicamente la gracia de Cristo puede cambiar vuestro corazón, y entonces reflejaréis la imagen del Señor Jesús. Dios nos insta a que seamos como él: puros, santos, incontaminados. Debemos llevar la imagen divina (29)

El contexto de ambas declaraciones indica claramente que se refiere al proceso de la santificación en esta tierra; no a la remoción de la naturaleza carnal en la glorificación. Es decir: según la Inspiración, no necesitamos [haber nacido con] una naturaleza [inferior] no-caída a fin de ser puros, santos, incontaminados y apartados de los pecadores.

Algunos han alegado que cuando Ellen White, refiriéndose a Jesús, escribe que “en él no había pecado”, eso significa que no heredó la misma naturaleza que todos los humanos heredan por nacimiento. Una de las declaraciones utilizadas de ese modo es la siguiente:

No había en él pecado sobre el que Satanás pudiera triunfar, no había debilidad o defecto del que pudiera aprovecharse. Pero nosotros somos pecaminosos por naturaleza, y tenemos una obra que hacer para limpiar el templo del alma de toda contaminación (30)

Otra declaración en la que emplea lenguaje similar, nos ayuda a comprender lo que significa la frase “no había en él pecado”:

Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece. Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo: “Viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada en mí”. Juan 14:30. Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no había en él pecado alguno de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia (31)

Así, “no había en él pecado” significa que nunca *acarició, fomentó* deseo pecaminoso alguno; no significa ausencia de tales deseos en la naturaleza inferior. La declaración que se ha citado anteriormente, que habla acerca de nosotros siendo “pecaminosos por naturaleza” y estando en necesidad de “limpiar el templo del alma de toda contaminación” (32) clarifica nuevamente ese punto. En otro lugar Ellen White especifica cuándo va a tener lugar esa limpieza:

Ninguno de nosotros recibirá jamás el sello de Dios mientras nuestros caracteres tengan una mancha o contaminación. A nosotros corresponde remediar los defectos en nuestros caracteres, limpiar el templo del alma de toda contaminación. Entonces la lluvia tardía descenderá sobre nosotros tal como lo hizo la lluvia temprana sobre los discípulos en el día de Pentecostés (33)

Eso se refiere obviamente a la limpieza de la voluntad y el carácter, que tendrá lugar *antes* del sellamiento del tiempo del fin y de la lluvia tardía. No se refiere a la limpieza de la naturaleza inferior, carnal, ya que la misma autora especifica que deberemos contender con dicha naturaleza hasta que regrese Jesús (34). Por consiguiente, en la primera declaración, cuando escribe que nuestro ser es “pecaminoso por naturaleza” en contraste con Jesús, de quien afirma que “no había en él pecado” (35), está hablando en el contexto de la naturaleza superior. No está negando que Jesús heredara una naturaleza inferior -caída- por nacimiento, con sus tendencias y deseos.

Vemos ese punto clarificado de nuevo en otra declaración de Ellen White, en la que escribe de nuestro Señor: “El príncipe de las tinieblas no encontró en él nada; ni un solo pensamiento o sentimiento respondió a la tentación” (36). Sin embargo, en otra declaración que hemos considerado antes, Ellen White es clara al respecto de que no es la estimulación de los pensamientos y sentimientos lo que constituye una respuesta a la tentación tal como aquí describe, sino *acariciar* esos pensamientos y sentimientos:

Hay pensamientos y sentimientos sugeridos y suscitados por Satanás, que molestan incluso a los mejores hombres; pero si no se los acaricia, si se los rechaza por odiosos, el alma no resulta contaminada con la culpa y ningún otro resulta contaminado por su influencia (37)

En otra declaración, Ellen White afirma que Jesús debió contender con pensamientos pecaminosos:

Algunos se dan cuenta de su gran debilidad y pecado, y se desaniman. Satanás arroja su sombra oscura entre ellos y el Señor Jesús -su sacrificio expiatorio-. Dicen: ‘Es inútil que ore. Mis oraciones están de tal forma mezcladas con malos pensamientos, que el Señor no las oirá’. Esas sugerencias provienen de Satanás. En su humanidad Cristo enfrentó y resistió esta tentación, y sabe cómo socorrer a quienes son tentados de ese modo (38)

En un panfleto dedicado específicamente a la indulgencia sexual, Ellen White ofrece esperanza a los tentados con estas palabras:

Todos son responsables de sus acciones mientras son probados en este mundo. Todos tienen poder para controlar sus acciones. Si son débiles en virtud y pureza de pensamientos y actos, pueden obtener ayuda del Amigo de los desvalidos. Jesús conoce todas las debilidades de la naturaleza humana, y si se le pide, dará fortaleza para vencer las más poderosas tentaciones (39)

En otro lugar leemos:

Sus más fuertes tentaciones [de los cristianos] vendrán del interior, puesto que tienen que batallar contra las inclinaciones del corazón natural. El Señor conoce nuestras debilidades (40)

¿De qué forma conoce nuestras debilidades?

Él conoce *por experiencia* cuáles son las debilidades de la humanidad, cuáles son nuestros deseos y dónde radica la fuerza de nuestras tentaciones, ya que fue “tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15) (41)

Pero en otra declaración nos informa acerca de la manera en que *no* conoció nuestras debilidades:

Nuestro Redentor no manifestó las imperfecciones ni las debilidades humanas (42)

La palabra clave es aquí “manifestó”. Se refiere a la elección, al consentimiento de la voluntad, a la naturaleza superior. Jesús contendió sin duda con las debilidades humanas de su naturaleza inferior, tal como las declaraciones precedentes clarifican sin posibilidad de duda. Pero no consintió jamás a esas debilidades mediante su elección.

En otro lugar vemos ese contraste cuando Ellen White escribe refiriéndose a Jesús: “Fue perfecto e incontaminado por el pecado. No tuvo mancha ni contaminación” (43). Pero entonces recordamos otra declaración donde dice: “Tomó sobre sí mismo la naturaleza humana caída y sufriente, degradada y contaminada por el pecado” (44). La primera declaración se refiere a su naturaleza superior; la segunda, a la inferior.

En otra declaración contenida en la famosa carta a Baker, Ellen White dice de Cristo: “Su naturaleza espiritual estaba libre de toda mancha de pecado” (45). Y otra declaración aclara que la naturaleza espiritual es la naturaleza superior:

Profesos seguidores de Cristo están hoy comiendo y bebiendo con los ebrios, mientras que sus nombres figuran en los honorables registros de la iglesia. La intemperancia embota los poderes espirituales y morales y prepara el camino para la indulgencia de las bajas pasiones (46)

Las facultades de la mente, como poderes superiores, deben regir en el reino del cuerpo. Los apetitos naturales y pasiones deben ser sometidos al control de la conciencia y los afectos espirituales (47)

Mediante un mal uso tal de la relación matrimonial se refuerzan las pasiones animales; y a medida que estas se fortalecen, se van debilitando las facultades morales e intelectuales. Lo sensual arrasa con lo espiritual (48)

La indulgencia de los apetitos naturales y pasiones tiene una influencia controladora en los nervios y el cerebro. Se refuerzan los órganos animales, mientras que decaen los morales y espirituales (49)

En otra parte Ellen White declara respecto a Jesús: “Nació sin una mancha de pecado, pero vino al mundo de la misma manera que la familia humana” (50). Muchos han alegado que eso significa que nació sin heredar la naturaleza pecaminosa que es

común a todos los humanos. Pero hay al menos otras dos declaraciones que aclaran que su nacer “sin una mancha de pecado” se refiere a su naturaleza divina, no a la ausencia de deseos carnales en su naturaleza humana inferior:

¡Qué espectáculo contempló así el cielo! Cristo, que no conocía en lo más mínimo la mancha o contaminación del pecado, tomó nuestra naturaleza en su condición deteriorada (51)

Aunque no tenía ninguna mancha de pecado en su carácter, condescendió en relacionar nuestra naturaleza humana caída con su divinidad (52)

En otras palabras: lo que Ellen White significa al afirmar que “nació sin una mancha de pecado” (53) es que vino puro del cielo. De forma alguna está diciendo por implicación que todos estén manchados por el pecado por el simple hecho de nacer.

Ese punto nos ayuda a clarificar lo que quiere decir Ellen White en otras declaraciones como esta: “[Cristo] tomó sobre su naturaleza sin pecado nuestra naturaleza pecaminosa” (54). La naturaleza sin pecado de la que habla aquí, no se refiere a su naturaleza humana heredada, sino a su naturaleza divina. Lo mismo queda también aclarado en otra declaración:

Sin pecado y exaltado por naturaleza, el Hijo de Dios consintió en tomar las vestiduras de la humanidad para venir a ser uno con la raza caída (55)

Otras declaraciones clarifican igualmente que cuando Ellen White afirma que Jesús no tenía mancha de pecado, se está refiriendo a sus elecciones, no a la naturaleza humana [inferior] que tomó al nacer:

Un solo acto no santificado de parte del Salvador hubiera malogrado el modelo y él no sería el ejemplo perfecto para nosotros; pero aunque fue tentado en todo según nuestra semejanza, no tuvo ni una sola mancha de pecado (56)

Cristo, el segundo Adán, vino en semejanza de carne de pecado. En favor del hombre se sujetó a la pena, a la fatiga, al hambre y la sed. Se sujetó a la tentación, pero no cedió al pecado. Sobre él no hubo mancha de pecado (57)

Ni una sola palabra impura escapó de sus labios. Jamás cometió una mala acción, ya que era el Hijo de Dios. Si bien poseía una forma humana, no tenía mancha de pecado (58)

La carta a Baker y el artículo de *Signs*

La conocida como carta a Baker requiere una atención algo más detenida, por formar parte importante de la causa creada por algunos adventistas del séptimo día en favor de la postura previa a la caída en la naturaleza humana de Cristo.

Lo que debemos recordar, tal como ya vimos al principio, es que las declaraciones inspiradas pueden solamente comprenderse a la luz del resto de declaraciones. Eso es cierto con las Escrituras (Isa 28:9-20; 1 Cor 2:12-14), y lo es igualmente con los escritos de Ellen White. Recordemos de nuevo sus palabras al respecto:

Los propios testimonios serán la clave que explique los mensajes dados, tal como la Escritura resulta explicada por la Escritura (59)

Teniendo en cuenta constantemente ese principio, que es aplicable al estudio de cualquier tema espiritual, no podemos ver la carta a Baker –y ningún otro material inspirado- de otra forma que no sea a la luz de la totalidad de las enseñanzas inspiradas. Ningún documento o declaración inspirada son una isla. El lenguaje de una declaración inspirada se debe comprender, no sólo en su propio contexto, sino también a la luz de otras declaraciones inspiradas.

Hemos observado ya el empleo que hace Ellen White de los términos “pasiones” y “propensiones” en los dos ámbitos de la naturaleza humana. El cuadro completo se aclara cuando consideramos la fraseología de un artículo de *Signs of the Times* junto a las líneas relevantes de la carta dirigida al pastor Baker:

Sea cuidadoso, extremadamente cuidadoso, respecto a cómo presenta la naturaleza humana de Cristo. No lo presente ante la gente como un hombre con las propensiones del pecado. Él es el segundo Adán. El primer Adán fue creado como ser puro, sin pecado, sin una mancha de pecado sobre él; era a la imagen de Dios. Podía caer y cayó mediante la transgresión. Debido al pecado, su posteridad nació con las propensiones inherentes de la desobediencia. Pero Jesucristo era el unigénito Hijo de Dios. Tomó sobre sí la naturaleza humana, y fue tentado en todos los puntos como es tentada la naturaleza humana. Pudo haber pecado, pudo haber caído, pero ni por un momento hubo en él una mala propensión (60)

Adán fue tentado por el enemigo, y cayó. No fue pecado que morase en él, el que le hizo ceder, ya que Dios lo hizo puro y recto según Su propia imagen. Era tan intachable como los ángeles ante el trono. No había en él principios corruptos ni tendencias al mal. Pero cuando Cristo vino a enfrentarse con las tentaciones de Satanás, llevaba la “semejanza de carne de pecado” (61)

Obsérvese que ambas declaraciones colocan al tentado Adán y al tentado Cristo uno junto al otro. Pero es importante ver la diferencia en la forma en que Adán y Cristo son puestos en contraste en una declaración, que es distinta a la forma en que son puestos en contraste en la otra. Incluso si uno concluye -tal como creo que demanda el peso de la evidencia - que las “propensiones inherentes de la desobediencia” de la primera declaración se refieren a la naturaleza inferior, mientras que la “mala propensión” citada al final de esa misma declaración se refiere a la naturaleza superior acariciando esas tendencias, hay todavía suficiente contraste entre Adán y Cristo, de forma que la

declaración tiene pleno sentido. Adán podía caer y cayó. Cristo también era capaz de caer, pero no lo hizo.

Ese punto resulta aclarado a medida que continúa la carta, cuando Ellen White niega “que una mancha de corrupción o una inclinación hacia ella descansó sobre Cristo, o que en alguna manera cedió a la corrupción” (62). La expresión “descansó sobre” implica elección, tanto como ceder a la corrupción. El tema aquí es la naturaleza superior, no la inferior. Su negación de “que en *alguna* manera cedió a la corrupción” implica que hay más de una manera de lograrlo, y que en caso de que hubiera *acariciado* tales tendencias en su mente -incluso en ausencia de manifestaciones exteriores-, habría significado *ceder* a la corrupción.

Expresado de otro modo: no hay necesidad de buscar un contraste entre la descendencia de Adán naciendo “con las propensiones inherentes de la desobediencia”, y Cristo no teniendo “ni por un momento” una mala propensión, para que la declaración tenga sentido. Hay un contraste suficiente simplemente entre su declaración de que Adán cedió a la tentación, mientras que Cristo no lo hizo. Clarifican este punto sus otras declaraciones citadas con anterioridad, respecto a las propensiones pecaminosas estando presentes o bien ausentes de la mente [naturaleza superior] mediante la elección (63).

Es inevitable que la desmesurada atención que algunos dan a la carta a Baker *en detrimento de tantas otras declaraciones de Ellen White* nos haga recordar lo que señaló F. D. Nichol: “Si el único versículo de la Biblia sobre el estado de los muertos fuera Filipenses 1:23, que expresa el deseo de Pablo ‘de partir y estar con Cristo’, tendríamos justificación para aceptar la doctrina popular del estado intermedio tras la muerte” (64). Es el consenso inspirado [el conjunto de declaraciones inspiradas] el que nos permite explicar lo que los pasajes individuales no siempre dicen por sí mismos en el ocasionalmente imperfecto lenguaje que emplean.

Basados en el consenso -en la totalidad de la enseñanza inspirada relativa a las naturalezas inferior y superior- y en el rol de cada una de ellas en la batalla contra el mal, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que las “propensiones inherentes de la desobediencia” descritas en la carta a Baker se refieren a la naturaleza inferior (que Cristo poseyó), mientras que la “mala propensión” citada en la última parte de esa misma declaración se refiere al control potencial de la naturaleza superior por parte de esas tendencias [de la naturaleza inferior], lo que Cristo no experimentó nunca, puesto que nunca pecó. De igual forma, el consenso [conjunto] de las Escrituras nos dice que el tiempo “de partir” (la muerte) y el tiempo de reunirse con Cristo son eventos ampliamente separados en el tiempo, incluso si Filipenses 1:23 incluye a ambos, uno junto a otro en la misma frase.

[Hay una evidencia adicional que demuestra que la “mala propensión” que Jesús nunca albergó se ha de referir necesariamente a la naturaleza superior. La naturaleza inferior es un concepto fijo, estático, adquirido por herencia natal. Es algo así como el color de los ojos con el que uno nace. En contraste, la naturaleza superior es dinámica, cambia -

o puede cambiar- en el tiempo, pues depende de la voluntad, de la elección del individuo. Leemos que “*ni por un momento* hubo en él una mala propensión”. La expresión “*ni por un momento*” sólo puede referirse a algo dinámico, susceptible de cambio en el tiempo. Referirla a la naturaleza inferior tendría tan poco sentido como decir de alguien: “*ni por un momento* tuvo los ojos azules”].

Hay aún otra cita de Ellen White que ayuda a comprender esa necesidad de reunir toda la evidencia inspirada antes de llegar a una conclusión. Se trata de una de las que hemos citado antes, que afirma: “Jamás cometió una mala acción, ya que era el Hijo de Dios” (65). Tomada de forma aislada, esa declaración podría hacernos creer que Jesús no pecó debido a que era Dios. Sin embargo, otras declaraciones aclaran que si bien mantuvo su dignidad como Hijo de Dios al no pecar -tal como afirma la declaración-, no fue su deidad la que evitó que pecara, sino el mismo poder impartido que se ha puesto a nuestra disposición (66).

Consideremos ahora la segunda de las declaraciones sometidas a estudio en esta sección: la del artículo de *Signs*. Dicho en pocas palabras, ese pasaje carece de sentido a menos que reconozcamos que Cristo llevó las tendencias al mal en su naturaleza inferior. Obsérvese de nuevo que afirma que Adán no tenía “pecado que morase en él”, “no había en él principios corruptos ni tendencias al mal”. La siguiente frase dice: “Pero cuando Cristo vino a enfrentarse con las tentaciones de Satanás, llevaba la ‘semejanza de carne de pecado’” (67). Los reparos que solemos oír acerca de la “semejanza de carne de pecado” de Romanos 8:3 quedan desautorizados a la luz de esa declaración, dado que esa expresión se emplea aquí para poner en contraste la situación de Adán antes de su caída -que no tenía pecado que morase en él, ni habían en él principios corruptos ni tendencias al mal-, con la de Cristo. Ciertamente, términos como “pecado que morase en él” y “principios corruptos” no cabe aplicarlos a Jesús, pero al menos se debe reconocer que la naturaleza carnal [inferior] de Jesús incluía tendencias al mal. De otra forma, la declaración no provee contraste alguno entre Adán y Cristo, y carece totalmente de sentido.

Debemos tener siempre presente la premisa señalada al principio, consistente en que ninguna explicación de los materiales inspirados puede ser válida a menos que armonice con la totalidad de los materiales inspirados. La postura de que Cristo tomó una naturaleza humana como la de Adán anteriormente a la caída es sencillamente incapaz de incluir todas las declaraciones de Ellen White relevantes al respecto -como tampoco los textos bíblicos-. La mayor parte de quienes defienden una postura como esa, han claudicado en su intento. La evidencia sugiere que esa es una de las razones clave por las que procuran minimizar el papel doctrinal de Ellen White en esa y en otras discusiones (68).

La explicación de Melvill

Ciertos adventistas que defienden la postura previa a la caída en la naturaleza humana que Cristo tomó, han intentado recurrir a uno de los autores de los que Ellen White

parece haber tomado prestado parte del lenguaje, sugiriendo que dicho autor provee la verdadera explicación de lo que ella enseñó al respecto (69). En palabras de un autor adventista contemporáneo:

Si bien Ellen White no citó las palabras (de Melvill, tales como “debilidades inocentes”, “propensiones pecaminosas” o “inclinado a ofender”), los sentimientos de Melvill podrían muy bien reflejar las convicciones de la propia Ellen White (70).

Esa forma de ver los materiales inspirados sólo puede calificarse de especulativa y de peligrosa. Para empezar, el autor admite que Ellen White en realidad no empleó las frases que usa Melville para referirse a la humanidad de Jesús, pero pretende que “los sentimientos de Melvill *podrían muy bien* reflejar las convicciones de la propia Ellen White” (71). Pero incluso si se pudiera demostrar de forma concluyente que Ellen White copió parte del lenguaje que empleó Melvill al exponer su comprensión de la humanidad de Jesús, eso no probaría que estuviera copiando su teología. Si bien es cierto que Ellen White, como hicieron muchos escritores de la Biblia, recurrió ocasionalmente a fuentes no inspiradas, permitir que tales fuentes no inspiradas interpreten los propios escritos inspirados es extremadamente peligroso. Por ejemplo, se ha demostrado que el apóstol Pablo empleó lenguaje tomado del libro apócrifo *Sabiduría de Salomón* al escribir algunas de sus epístolas (72). ¿Significa eso que debiéramos ir a ese libro no inspirado [escrito en griego, muchos siglos después de la muerte de Salomón] para comprender lo que Pablo quiso realmente decir?

Otra evidencia indica que Jesús pudo haber tomado la Regla de Oro del famoso rabino Hillel (73). ¿Debiéramos ir a los escritos del rabino Hillel para conocer el auténtico significado de lo que Cristo enseñó sobre ese, o sobre cualquier otro tema?

Cuando un escritor inspirado utiliza las palabras de un escritor no inspirado, las palabras empleadas sólo pueden comprenderse según establece el autor inspirado. Ese lenguaje asume entonces el significado que el consenso inspirado [conjunto de declaraciones inspiradas] le impone. No hay indicio alguno, ni en las Escrituras ni en los escritos de Ellen White, de que los escritos no inspirados puedan proveer la clave que sea para la comprensión de los pasajes inspirados. Una vez más, en palabras de ella misma:

Los propios testimonios serán la clave que explique los mensajes dados, tal como la Escritura resulta explicada por la Escritura (74).

Condenar el pecado en la carne

El apóstol Pablo escribe en el libro de Romanos:

Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la Ley se cumpliera en

nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Rom 8:3-4).

En versículos sucesivos, escribe:

Los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu...

Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios está en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él...

Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis (vers. 5, 8-9 y 13).

Hemos hablado con anterioridad del cuestionamiento que algunos hacen respecto a la expresión “semejanza de carne de pecado”, por poder interpretarse como igualdad, o bien como simulacro. Tanto la evidencia lingüística como la contextual indican que la palabra “semejanza” -*homoiomati* en griego- significa igualdad (ver también Hech 14:11 y 15; Fil 2:7). El prefijo “homo” contenido en esa palabra, es del que derivan las palabras castellanas “homogéneo” y “homosexual”. “Homo” significa igual, en contraste con “hetero”, que significa diferente.

Pero incluso obviando ese argumento, los versículos que hemos citado en Romanos 8 ponen de manifiesto que la carne es algo hostil al Espíritu Santo y a la voluntad de Dios. Jesús “condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (vers. 3-4). Leemos que “los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (vers. 8), que “si vivís conforme a la carne, moriréis” (vers. 13). Pero el apóstol afirma también: “Vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios está en vosotros” (vers. 9).

En el pasaje analizado, Pablo -como Ellen White (75)- no está diciendo que los cristianos ya no tienen una naturaleza carnal con la que contender. Eso queda claro por lo que escribe en otra parte: “Golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre” (1 Cor 9:27). Está diciendo simplemente que los cristianos rehúsan vivir *según* la carne, y declara que “si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (vers. 13).

Según Pablo es claramente posible someter la carne y vencer el pecado mediante el poder del Espíritu. Y es Jesús, el que “condenó el pecado en la carne” (vers. 3) -en la misma naturaleza [inferior] carnal que nosotros heredamos- el que nos ha enseñado a andar, no “conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (vers. 4).

Resumen

Dicho brevemente, los escritos de Ellen White, lo mismo que la Biblia, se interpretan a sí mismos (76). Tal como sucede en las Escrituras, cuando ciertas declaraciones de

Ellen White parecen estar en desacuerdo con otras, debemos de mirar más detenidamente en sus escritos para encontrar la explicación.

Tanto las Escrituras como Ellen White enseñan que en la naturaleza humana hay fuerzas superiores e inferiores (Mat 26:41; 1 Cor 9:27) (77), y que en la vida cristiana santificada, las fuerzas inferiores deben ser controladas por las superiores (78).

Teniendo presente esa concepción inspirada de la estructura de la naturaleza humana, se hace claro que cuando Ellen White afirma que Jesús tuvo que contender con pasiones pecaminosas y tendencias al mal en su naturaleza (79) se está refiriendo a la naturaleza inferior, carnal, que todos los humanos -incluyendo a Jesús- heredamos al nacer. En contraste, cuando afirma que no tuvo pasiones ni propensiones pecaminosas (80), se está refiriendo a la naturaleza superior, que es el asiento del carácter y de la voluntad [capacidad de elegir], lugar en que tampoco nosotros debemos albergar o retener tales pasiones y propensiones (81).

Lo mismo que Jesús, el cristiano tiene siempre que contender con la naturaleza inferior, carnal, durante todo su periplo en esta tierra (82). Pero debido a que Jesús confió consistentemente en el poder de su Padre y no cedió jamás a los impulsos pecaminosos de la naturaleza inferior, el cristiano santificado está capacitado mediante el mismo poder divino, para hacer lo que Jesús hizo (Rom 8:3-4; 1 Ped 2:21-22; Apoc 3:21).

Importancia práctica

La visión que tengamos sobre este tema será determinante en las luchas prácticas de nuestra vida. Su relevancia se manifiesta desde la sesión devocional antes del amanecer, cuando el joven suplica poder para vencer las fuerzas de la pasión, y resulta reconfortado al comprender que su Salvador venció esas mismas tentaciones (83). Se pone de manifiesto su relevancia en la oficina ejecutiva y en el taller, al enfrentarse a las frustraciones y los asuntos irritantes, en la confianza de que nuestro Señor dominó todos esos sentimientos (84). Su esplendor emerge como la luz del sol en el corazón de la hija adolescente en cuya familia hubo incesto, al saber que esa fue también una parte de la historia del linaje de Jesús (Gén 19:32-38; Rut 4:10; Mat 1:5).

Hace unos años un editor denominacional escribió a propósito del continuo debate en la iglesia sobre este tema: “Cuánto me gustaría que dejáramos de emplear nuestra energía en debatir sobre él (Cristo) y en lugar de ello, lo contempláramos” (85). Aprecio esa preocupación. Es también mi anhelo que contemplemos más a Cristo. Pero no puede hacer ningún bien contemplar a un falso cristo, a un salvador inmune que nunca tuvo que contender con las frustraciones, los impulsos y las hormonas de la humanidad caída. Al avanzar en nuestro camino a través del campo de minas que es la vida, la seguridad inspirada de un Salvador verdaderamente relevante se vuelve más preciosa que cualquier otra cosa.

Este asunto no consiste, como algunos creen, en una especie de discusión abstracta al estilo de cuántos ángeles podrían danzar sobre la punta de una aguja. ¡Es un asunto de relevancia supremamente práctica! Por ese motivo, y no por algún tipo de inclinación enfermiza hacia los debates, es por el que este tema no va a desaparecer.

Concluimos con la siguiente promesa de la pluma inspirada:

En nuestra propia fuerza es imposible que nos neguemos a *los clamores de nuestra naturaleza caída*. A través de ese canal Satanás nos traerá tentaciones. Cristo sabía que el enemigo vendría a todo ser humano para aprovecharse de las debilidades heredadas, y mediante sus falsas insinuaciones entrapar a todos los que no han puesto en Dios su confianza. Y *pasando por el terreno que el hombre debe transitar*, nuestro Señor ha preparado el camino para que vencamos. No es su voluntad que seamos puestos en desventaja en el conflicto con Satanás. No quiere que estemos intimidados ni desanimados por los asaltos de la serpiente. “Tened buen ánimo”, dice, “yo he vencido al mundo”. Juan 16:33 (86).

REFERENCIAS

1. Ellen G. White, *SDA Bible Commentary*, vol. 5, p. 1128.
2. Ellen G. White, *Testimonies*, vol. 2, pp. 201-202.
3. Ibid, p. 509.
4. Ellen G. White, *In Heavenly Places*, p. 155.
5. Ellen G. White, *Signs of the Times*, 9 abril 1896.
6. Ellen G. White, *Christ Triumphant*, p. 260.
7. Ellen G. White, *Selected Messages*, vol. 1, p. 42.
8. Ellen G. White, *Testimonies*, vol. 5, p. 513.
9. Ellen G. White, *Ministry of Healing*, p. 130; *Counsels on Health*, pp. 41-42; *Adventist Home*, pp. 127-128; *Christ's Object Lessons*, p. 354; *Messages to Young People*, p. 237; *Testimonies*, vol. 3, p. 491; vol. 5, p. 335; *Review and Herald*, 11 agosto 1887; 1 diciembre 1896.
10. Ellen G. White, *That I May Know Him*, p. 140.
11. Ellen G. White, *Adventist Home*, pp. 127-128.
12. Ellen G. White, *Ministry of Healing*, p. 130.
13. Ellen G. White, *Testimonies*, vol. 4, p. 235.
14. Ellen G. White, *Desire of Ages*, p. 305.
15. Ellen G. White, *Testimonies to Ministers*, pp. 171-172.
16. Ellen G. White, *Messages to Young People*, p. 42.
17. Ellen G. White, *SDA Bible Commentary*, vol. 7, p. 943.
18. Ellen G. White, *Acts of the Apostles*, pp. 560-561.
19. Ellen G. White, *Counsels to Teachers*, p. 20.
20. Ellen G. White, *Selected Messages*, vol. 2, p. 33.
21. Ellen G. White, *Manuscript Releases*, vol. 16, p. 182.
22. Ibid (original sin cursivas).
23. Ellen G. White, *Desire of Ages*, p. 671; *SDA Bible Commentary*, vol. 7, p. 943, etc. Ver Ellen White CD-ROM para un listado completo de declaraciones que emplean ese lenguaje.

24. Ellen G. White, *Desire of Ages*, p. 49.
25. Ellen G. White, *Manuscript Releases*, vol. 16, p. 182.
26. Ellen G. White, *SDA Bible Commentary*, vol. 4, p. 1147.
27. Ellen G. White, *Acts of the Apostles*, pp. 560-561; *Counsels to Teachers*, p. 20.
28. Ellen G. White, *In Heavenly Places*, p. 160.
29. Ellen G. White, *Sons and Daughters of God*, p. 102.
30. Ellen G. White, *Review and Herald*, 27 mayo 1884.
31. Ellen G. White, *The Great Controversy*, p. 623. {681}
32. Ellen G. White, *Review and Herald*, 27 mayo 1884.
33. Ellen G. White, *Testimonies*, vol. 5, p. 214.
34. Ellen G. White, *Acts of the Apostles*, pp. 560-561; *Counsels to Teachers*, p. 20.
35. Ellen G. White, *Review and Herald*, 27 mayo 1884.
36. Ellen G. White, *Testimonies*, vol. 5, p. 422.
37. Ellen G. White, *That I May Know Him*, p. 140.
38. Ellen G. White, *In Heavenly Places*, p. 78.
39. Ellen G. White, *A Solemn Appeal*, p. 78, citado en *Our High Calling*, p. 337.
40. Ellen G. White, *Bible Echo & Signs of the Times*, 1 diciembre 1892.
41. Ellen G. White, *Ministry of Healing*, p. 71 (original sin cursivas).
42. Ellen G. White, *Patriarchs and Prophets*, p. 480.
43. Ellen G. White, *Review and Herald*, 17 diciembre 1872.
44. Ellen G. White, *SDA Bible Commentary*, vol. 4, p. 1147.
45. Ibid, vol. 5, p. 1124.
46. Ellen G. White, *Patriarchs and Prophets*, p. 101.
47. Ellen G. White, *Ministry of Healing*, p. 399.
48. Ellen G. White, *Christian Temperance & Bible Hygiene*, p. 130.
49. Ellen G. White, *Signs of the Times*, 11 agosto 1887.
50. Ellen G. White, *SDA Bible Commentary*, vol. 7, p. 925.
51. Ellen G. White, *Selected Messages*, vol. 1, p. 253.
52. Ibid, vol. 3, p. 134.

53. Ellen G. White, *SDA Bible Commentary*, vol. 7, p. 925.
54. Ellen G. White, *Medical Ministry*, p. 181. {*El ministerio médico*, 284}
55. Ellen G. White, *Signs of the Times*, 20 febrero 1893.
56. Ellen G. White, *Sons and Daughters of God*, p. 148. {150}
57. Ellen G. White, *Selected Messages*, vol. 3, pp. 141-142.
58. Ellen G. White, *Welfare Ministry*, p. 287.
59. Ellen G. White, *Selected Messages*, vol. 1, p. 42.
60. Ellen G. White, *SDA Bible Commentary*, vol. 5, p. 1128.
61. Ellen G. White, *Signs of the Times*, 17 octubre 1900.
62. Ellen G. White, *SDA Bible Commentary*, vol. 5, p. 1128.
63. Ibid, vol. 7, p. 943; *Testimonies to Ministers*, pp. 171-172; *Messages to Young People*, p. 42.
64. F.D. Nichol, *Answers to Objections* (edición rústica) (Washington, D.C: Review and Herald Publishing Assn, 1952), p. 345.
65. Ellen G. White, *Welfare Ministry*, p. 287.
66. Ellen G. White, *Desire of Ages*, pp. 311-312; *SDA Bible Commentary*, vol. 7, pp. 929-930; *Selected Messages*, vol. 3, pp. 136-141; *Review and Herald*, 1 abril 1875.
67. Ellen G. White, *Signs of the Times*, 17 octubre 1900.
68. Ver Roy Adams, "Divided, We Crawl", *Adventist Review*, febrero 1995, p. 2; George R. Knight, *Angry Saints: Tensions and Possibilities in the Adventist Struggle Over Righteousness by Faith* (Hagerstown, MD: Review and Herald Publishing Assn, 1989), p. 107; Martin Weber, *Adventist Hot Potatoes* (Boise, ID: Pacific Press Publishing Assn, 1991), pp. 100-113; *Who's Got the Truth? Making sense out of five different Adventist gospels* (Silver Spring, MD: Home Study International Press, 1994), pp. 187-211.
69. Tim Poirier, "Sources Clarify Ellen White's Christology", *Ministry*, diciembre 1989, pp. 7-9; "A Comparison of the Christology of Ellen White and Henry Melvill", Shelf Document, Washington, D.C: Ellen G. White Estate, 1982; Woodrow W. Whidden II, *Ellen White on the Humanity of Christ* (Hagerstown, MD: Review and Herald Publishing Assn, 1997), pp. 48-49.
70. Poirier, citado por Whidden, *Ellen White on the Humanity of Christ*, p. 49.
71. Ibid (original sin cursivas).

72. Bruce Metzger, *An Introduction to the Apocrypha* (New York: Oxford University Press, 1957), pp. 159-160 y 162.
 73. Robert W. Olson, "Ellen G. White's Use of Uninspired Sources" (White Estate Paper), p. 17.
 74. Ellen G. White, *Selected Messages*, vol. 1, p. 42.
 75. Ellen G. White, *Acts of the Apostles*, pp. 560-561; *Counsels to Teachers*, p. 20.
 76. Ellen G. White, *Selected Messages*, vol. 1, p. 42.
 77. Ellen G. White, *Testimonies*, vol. 5, p. 513.
 78. Ellen G. White, *Ministry of Healing*, p. 130; *Counsels on Health*, pp. 41-42; *Adventist Home*, pp. 127-128; *Christ's Object Lessons*, p. 354; *Messages to Young People*, p. 237; *Testimonies*, vol. 3, p. 491; vol. 5, p. 335; *Review and Herald*, 11 agosto 1887; 1 diciembre 1896.
 79. Ellen G. White, *In Heavenly Places*, p. 155; *Signs of the Times*, 9 abril 1896; 17 octubre 1900; *Christ Triumphant*, p. 260.
 80. Ellen G. White, *SDA Bible Commentary*, vol. 5, p. 1128; *Manuscript Releases*, vol. 16, p. 182; *Testimonies*, vol. 2, pp. 201-202 y 509.
 81. Ellen G. White, *Desire of Ages*, p. 305; *SDA Bible Commentary*, vol. 7, p. 943; *Testimonies to Ministers*, pp. 171-172; *Messages to Young People*, p. 42.
 82. Ellen G. White, *Acts of the Apostles*, pp. 560-561; *Counsels to Teachers*, p. 20.
 83. Ellen G. White, *A Solemn Appeal*, p. 78, citado en *Our High Calling*, p. 337.
 84. Ellen G. White, *Desire of Ages*, pp. 88 y 734-735.
 85. William G. Johnsson, "Our Matchless Saviour—V", *Adventist Review*, 26 agosto 1993, p. 4.
 86. Ellen G. White, *Desire of Ages*, pp. 122-123 (original sin cursivas).
-



El pastor Kevin Paulson, adventista del séptimo día de quinta generación, ha dedicado su vida al estudio de las Escrituras, los escritos de Ellen White, la historia del mundo y el proceso político americano. Es Licenciado en teología por Pacific Union College, tiene un Máster en teología sistemática por la Universidad de Loma Linda y un Máster en Divinidad por el Seminario Teológico Adventista en la Universidad de Andrews. Ha servido en Greater New York Conference of Seventh-day Adventists por diez años (entre 2001 y 2011) como instructor bíblico, evangelista, pastor y locutor del programa semanal *Know Your Bible Radio Broadcast* en Hasbrouk Heights, New Jersey. Desde 2006 ha venido siendo autor asiduo de una serie de artículos para la revista *Liberty*. Más recientemente ha servido en la Asociación General desde 2012 hasta 2014 como miembro de Theology of Ordination Study Committee. En la actualidad trabaja como guionista para el ministerio televisivo *It is Written*, y escribe y hace trabajo editorial para otros ministerios. Tiene su domicilio en Berrien Springs, Michigan.

Ver artículo original en este [enlace](#)

(traducción: www.libros1888.com)

[entre corchetes, notas aclaratorias del traductor]